

Sonia, de Panfleto Calidoscopio

Hace muchos muchos años, pero no en un reino junto al mar, cuidó durante más de cuarenta años el Jardín Botánico mi tío Alonso Ríos. El hermano mayor de mi abuelo era un tipo moderno y cosmopolita, una persona abierta y curiosa, características que provocaron que muy joven se viniera a la capital "a ver mundo" como decía mi abuelo. Su vocación aventurera sin embargo no le llevó a otros continentes ni países, pues a los pocos meses de llegar a Madrid tuvo un accidente. Su pierna derecha quedó tronchada por el atropello de un coche. Y con su pierna, su afán de explorador y algo de su ánimo alegre. Por aquella época vivía en la zona de Cortes, en una pequeña buhardilla préstamo de un tío lejano que tenía una pollería en el mercado Maravillas de Bravo Murillo. Cuento esto, que en principio no es muy importante, porque esta es la razón por la que cada día iba a pasear al Botánico. Y tanto pasaba por allí que al final acabó contratado como conserje del lugar, o como se llamara antes este puesto. Vivía contento, y aunque siempre había mucho trabajo que hacer, mi tío se organizaba bien, tanto como para convertirse en un discreto espía –como deben ser los espías, claro está– de los paseantes habituales del jardín. Conocía a todos los paseantes diarios: familias con niños, jubilados, parejas jóvenes, estudiantes. De todos ellos, Antonio y Antonia tenían vidas bastante parecidas, casi paralelas. Mi tío se reía por dentro cuando hablaba con alguno de ellos porque todo lo que uno contaba le remitía al otro. Sin embargo, Antonio y Antonia no se conocían. Digamos que uno era alondra y la otra lechuza. Ambos eran estudiantes de oposiciones y venían al jardín para descansar de las largas horas de estudio. Pero él venía a primera hora de la mañana y ella a última hora de la tarde. Esto traía loco a mi tío, pues aburrido de observar una realidad ya algo monótona, a pesar de la belleza del entorno, necesitaba algo de acción. Y no pensó en dar acción a su vida, sino a la de los demás. Decidió provocar cambios en las vidas de los demás. Al principio pequeños e imperceptibles, después grandes atropellos del destino ajeno. No se decidía sobre qué hacer con los "antonios" así se refería a ellos en sus pensamientos. Mientras tanto, dejaba encerrada en un baño a una monja. Mojaba el traje al caballero que esperaba a su novia. Contratada a cobradores del frac para que persiguieran a alguien. A actores vestidos de policía para que fingieran una persecución por el jardín. Se montaba su propio teatro cortesano en el Botánico, por así decirlo. Ególatramente pensaba que daba vida a las vidas ajenas que aletargadas miraban plantas y olían flores, y ya está. Mi abuelo lo llamaba chiquilladas. Como si aquel accidente le hubiera aplacado una juventud que de vez en cuando, cual brote epiléptico, le hiciera saltar como una capitán de quince años. Un día le dijo a Antonio que no viniera por la mañana del día siguiente, pues iban a cambiar el riego de los parterres y por comodidad de los operarios cerrarían el jardín al público. Pero para asegurarse de que vendría le dijo: "Pero ven por la tarde, a última hora, que te mostraré algo que llevo tiempo queriendo enseñarte". Al día siguiente por la tarde Antonio estaba allí, un tanto confuso por las muchas explicaciones técnicas que mi tío le daba sin haber preguntado y que le retenían sentado en un banco junto a la entrada. Hasta que apareció Antonia. Mi tío llamó su atención, le presentó a Antonio. Ellos se miraron, se sorprendieron de la casualidad de sus estudios comunes, sus paseos, etc. Pero ella más tímida que él y más concentrada en sus propios pensamientos rápidamente desapareció por el jardín. Antonio, para sorpresa de mi tío, decidió que su rato de descanso ya había pasado y salió por la puerta con un hasta mañana. La carrera de celestino de mi tío había fracasado al primer intento. Y de puro aburrimiento se puso a barrer hojas mientras pensaba que eso de influir en el destino ajeno era una diversión engañosa y fútil, al fin y al cabo, absurda. Pero al día siguiente Antonio vino por la tarde, justo antes del atardecer. Mi tío no escribió esta historia, pero la narró tantas veces que la familia la cuenta de padres a hijos como si esto fuera lo más importante que hizo mi tío en su vida.